

otro. Mariana (la amante del policía), le dice al hombre que representa la ley, los valores socialmente admitidos: "...usted puede querer un sector del mundo porque tiene ocasión de odiar a otro sector. El día que se dé cuenta que los dos sectores son uno solo, no sé qué va a pasar". Pasa que el inspector Saá se enfrenta con "El Mochila", condenado de antemano por ciertas apariencias que no son la verdad; pasa que lo destruye antes de advertir su error y la lealtad primitiva del otro; pasa, en fin, que se abre un abismo entre él y Celina (su mujer, una farisea digna también de la pluma de Mauriac). Saá termina pasándose al bando de Mariana. Aunque siempre estuvo del lado del orden, la ley, los valores convencionales, puede ahora decirle a Celina: "...estás hablando como hablan los creyentes, los que tienen un Dios para equilibrarse, para compensar esa hambre que llevamos todos. ¿No ves que todos somos parte de una misma cosa, no ves que yo estoy en Cecilio, en Mochila, en vos, en los testigos? ¿Por qué ustedes se han fabricado un Dios? Porque solos no hubieran podido aguantar el peso de las cosas...

Cuando no se cree en Dios hay que creer en el hombre... Si no creés en los hombres tenés que creer en vos mismo, tenés que encontrarte, y eso es lo difícil porque uno está disperso en cada uno de los hombres del mundo".

Panorama Literario

Cantos de la edad de oro

Ansia de redención. Aceptación del pecado; pero no como una lacra irredimible, sino como ocasión para aquélla. Actitud de amor y de fe en el hombre, que prohíbe juzgarlo, porque el fondo humano es una hermandad sin fronteras. Tales, hasta ahora, los temas con que Sáenz salva a esos personajes suyos que merecen también las palabras de Mauriac: "Quizá los que parecían condenados al mal habían sido elegidos para el bien y lo profundo de su caída daba la medida de una vocación traicionada. Los bienaventurados no existirían de no haber detenido el poder de condenarse. Quizá sólo los que se pierden hubieran podido convertirse en santos".

Hasta aquí, los hombres y los libros que, en el campo de nuestra narrativa, han tratado más directamente el problema de la relación hombre-Dios.

Cité al comienzo a Malraux, insospechable de sectarismo. Cabe ahora agregar esta reflexión, que quizá sorprenda a muchos, del autor de "La condición humana": "El problema capital de fines del siglo será el problema religioso —en una forma tan diferente de la que conocemos, como lo es el Cristianismo frente a las religiones antiguas; pero no será el problema del ser".

La humanidad ha pasado por numerosas pruebas. Algunos han anunciado su aniquilamiento a corto plazo y han creído advertir en nuestro tiempo los signos del

Apocalipsis; otros, en cambio, han abierto más que nunca los ojos, para estar atentos, con fe en el hombre, cuando las nuevas maravillas que se anuncian tengan lugar. Pero los dos bandos, por igual, tienen ansia de un mundo donde el hombre pueda vivir en plenitud, sin deformaciones ni cadenas, hacedor de su destino. "Sólo hay una tristeza: no ser santos", decía Bloy al final de "La mujer pobre". Quizá esa tristeza, confesada o no por creyentes y ateos, los inunde por igual, porque unos y otros necesitan saberse más puros frente al misterio, cualquiera sea el nombre con que se lo bautice. Pero quizá también no sea menester tan sobrehumana empresa, y los hombres, simplemente, quieran un poco de sosiego para considerar el encuentro con el Dios desconocido.

Ha dicho Merton: "Solamente la soledad me ha enseñado que no tengo que ser ni un dios ni un ángel para serte grato". Y la soledad (bien lo sabemos quienes escribimos y leemos con tanta prisa de buscadores) es nuestro clima. Tal vez sea menester abandonarnos a ella para que Dios pueda manifestarse, como en el tiempo en que sus siervos se iban al desierto. Quiera Él preservarnos para no confundir su Voz con la del otro morador del yermo. Llegará quizá el tiempo en que el hombre necesitará ser todo oídos, sin palabras, nada más que oídos, para escuchar el llamado a la alegría de la santidad.

por Alberto Blasi Brambilla

Cuando brindamos desde este **Panorama Literario** la crónica de los sucesos literarios veraniegos, mencionamos el importante premio que César Rosales había obtenido en el Festival de las Letras de Necochea. El libro premiado se titula "**Cantos de la Edad de Oro**", y su misma nominación puede ejemplificar todo un modo de encarar la problemática del hecho literario.

Quizá indique un renacer humanista, a través de la literatura. ¿No se llamó acaso **Siglo de Oro** el más espléndido de los momentos de la literatura española? ¿Y puede alguien negar que nuestra realidad argentina de hoy, en el terreno de lo literario, marca una espléndida vuelta a las tonalidades esenciales, a la toma de conciencia de lo poético, tanto por parte de los creadores, que bus-

can formas y actitudes nuevas de expresión, como por parte del público lector, que se acerca con más asiduidad a la poesía? ¿Quizo, acaso, César Rosales señalar una forma de ser actual del renacer literario? Esa es la primera pregunta, el primer dilema que enfrenta el lector del libro; el de la dinámica histórica, puesto que, como ya dijimos en alguna otra oportunidad, si bien la poesía no es la historia, evidentemente está en ella, y representa parte de la dinámica de la cultura. La edad de oro a la que se refiere el libro de Rosales está definida por él mismo en los versos iniciales del poemario, con cierta frecuentación de las mejores fuentes mitológicas. Así dice, claramente: **"Había una edad de oro/otra bella durmiente del bosque/mecida en el vapor de la floresta/soleada, umbría y verde de la niñez"**. Ese cuadro se integra en una lúcida visión bucólica. La edad de oro requiere, asimismo, personajes de apariencia muy diversa: inocencias, ángeles, vírgenes. Toda una especie de retorno a las antiguas fuentes helénicas de la poesía, en las que César Rosales pareciera haber bebido con fruición, o, cuando menos, sentido a través de ese esencial saber por revelación que adquiere el poeta digno del nombre de tal. Esta tesitura que señalamos no es baladí. El lector del libro habrá de tenerla muy en cuenta si es que realmente quiere llegar a una adecuada comprensión de los motivos que plantea Rosales. Los eternos símbolos poéticos se acomodan al panorama real de una poesía tan cuidadosamente elaborada, que todo en ella se tamiza por el cedazo de esa estructura clásica. Sin embargo, no dejan de significar lo que significan en el sistema literario universal. Ejemplifiquemos, para mayor corrección: se establece en uno de los versos, la bella imagen del **"higo picoteado por los pájaros"** y, asimismo, de la **"manzana de espuma de ámbar"**. Todo frutecer representa, dentro del sistema literario corriente, a las ideas e ideales de los hombres, puesto en la arboladu-

ra de su humanidad, como pequeñas redondeces, estrellas terráqueas que, no obstante serlo, apuntan al cielo. Calcule el lector todas las posibilidades interpretativas que ofrece la primera de las dicciones señaladas en función del simbolismo **pájaro**, representante también de un vuelo continuado, de una trascendente aprehensión de idealidades y, en última instancia, de la propia e inasible condición tonal de la poesía.

César Rosales estructura este poemario en torno a fórmulas continuadas. Insistimos: existe en su poesía una clara propensión derivada de la mejor poesía griega. En ciertos momentos nos recuerda a Homero. Citemos ejemplos: **"el biselado espejo con marco de caoba y alta luna velada bajo un tul vaporoso/la jofaina en su esbelto pedestal como una circular rosa de nieve/o bien como la taza blanca y resplandeciente de las abluciones"**. Existe en estos versos, aparte de su intención expresiva directa, un movimiento interno que sugiere al lector vivencias impresionantes; no de otra forma procedía el ilustre griego que mencionamos, cuando, al describir los movimientos de las barcas que transitaban por el Mar Egeo, lo hacía de tal forma que el lector del texto heleno adquiriría la impresión auditiva del chapotear de los remos sobre la superficie de las aguas. Tales, también, ciertos módulos de la poesía de Rosales. Algunos de ellos recuerdan claramente esa edad poética que hemos señalado antes. Pero tamizada por un sentimiento redentor, ya que la integra con la visión religiosa del hombre contemporáneo: **"la espera del dios propiciatorio de la vendimia de oro, en la consagración del pan y el vino"**. Es realmente empresa difícil y riesgosa la que emprende César Rosales con tan buen éxito como en este libro. Infinidad de elementos que adquieren proporciones humanas, en su sentir antropomórfico, desfilan de continuo por estas prietas páginas, sin repetirse. Una verdadera cetrería de precisiones

objetivas, que van desde la casa construida en sus ladrillos, al río significativo del acontecer vital, transita al poemario, lo ilumina, humanizando sus diversas instancias. Múltiples seres encarnan las condiciones indivisibles del poeta. Sentimientos muy hondos, profundas interpretaciones se entrelazan con el fondo de una invariable actitud. La creación, en todas sus instancias, apela ante el tribunal de la poesía de César Rosales, en **"Cantos de la Edad de Oro"**. Asimismo desfila en sus versos un importante cúmulo de conocimientos profundos. Rosales sabe —o intuye— los acontecimientos clásicos. Universal en su sentido ecuménico, también comprende que esa condición genérica, es la única que puede brindar el particularismo regional, el asumir la forma, propia, en la comunicación del hombre con su ambiente. Cosmogonías, interpretaciones profundas y difíciles coexisten en el hacer de un poeta probo y exacto, que a la vez complementa macrocosmo y microcosmo en una especie de universalidad goethana. Analizar en profundidad y dimensión este libro es empresa de vastas proporciones. César Rosales es un gran poeta. Yo no puedo decir el primer poeta argentino, porque el escalafón de la poesía no es el del fútbol, donde las acciones suben y bajan con la pérdida de la oportunidad. El escalafón de la poesía es el de la grandeza autónoma, el de la seguridad interior, el de la firme insistencia en la edad de oro.

También Alderrabán, gran filósofo, llamó de oro a los astros que guían a los hombres. Algún día los argentinos comprendemos que tenemos guardados entre nuestros libros, tesoros inapreciables. Ese día —**dies irae**— el nombre de César Rosales —o mejor: sus poemas— estarán al mejor nivel: Neruda, Vallejos, cualquiera de ellos. Por eso nuestro panorama de este mes, tiene ese nombre, el de su libro. A los periodistas nos gusta dar la primicia. En especial, cuando la noticia se adelanta al tiempo.

TIEMPO... Y SENTIDO

Concatenemos lo dicho. **Tiempo... y sentido** (los puntos suspensivos están **verdaderamente** de más) es un libro, también poético, de Mabel E. Calabrese. Yo no estoy de acuerdo con la poesía cubista. El cubismo ideó la pérdida de los signos de puntuación y de las mayúsculas en los poemas. Hasta aquí —como lo hace Mabel Calabrese— la cosa es aceptable, aun cuando discutible. Pero ese fue el punto de partida de muchos disparates, entre los que se contó el **signismo**, absurdo poético del que nos ocupamos tres años atrás, en una monografía que publicó "**Estudios**". Es un peligro. Porque Mabel Calabrese está en tesitura cubista, sin necesidad alguna. Una autora capaz de expresar cosas tales como "**detenimiento continuo / eternidad / continuo transformarse / ser y tiempo**", ya tiene carta de ciudadanía poética. Yo le aseguro al lector que el libro comentado es excelente. Que hay en él páginas muy buenas. Pero que está desmerecido por la toma de actitud. Y eso no es auténtico. Hay que tener la valentía de no rendirse al deseo de originalidad circunstancial, cuando la originalidad verdadera está en **volver al origen**. Y la autora de este libro la posee. Pero la disimula mediante una innecesaria **transformación de la forma**. Por eso no entramos a su

análisis. Porque sería entrar en la alabanza de una poesía muy buena, escrita con mala letra. Es una lástima. Yo le pido a Mabel Calabrese que **pase en limpio** sus poemas, y entonces le dedicaré un artículo parecido al que antecede, de Rosales. No hay que dejar perder a un poeta. Y a una plástica —ella misma ilustró su poesía, o escribió poesía para sus ilustraciones— que nos brinda cosas tan importantes como las que hay aquí. Desde aquí, también, le mandamos un S.O.S.

REVISTA DE REVISTAS

• **Ahijuna** — ah, hijo de una... — es dirigida por Fermín Chávez. Tesitura nacional. Artículos muy bien elaborados, muy documentados, bien escritos, polémicos. Le prometí al director una buena reseña de la revista. Pasó el tiempo. Espero un nuevo número para hacerla. Porque para decir que **sí**, basta con que el lector acuda al que tenga ante la vista: al primero. Aunque al mismo lector, la filiación temática le haga decir que **no**. A mí, la revista me gusta. Aprendo muchas cosas leyéndola. Y tiene esa necesaria dosis hormonal que permite agitarse por adentro.

• **Nuestra Historia** —que dirige Jorge María Ramallo, junto a Enrique Guerrero Balfagón y Manuel Benito Somoza— es más

técnica, más académica. Tampoco voy a analizar sus artículos uno por uno, porque eso de hacer **literatura de literatura** —o **literatura de historiografía**— a mí no me gusta, y al fin de cuentas, **yo no soy quién**. Pero todo aporte a la cultura nacional, a su problemática, hay que consignarlo en nuestro balance. Y señalo la frase del mismo Ramallo, para picazón de unos o de otros: la que advierte que si bien los documentos son lo más importante en la tarea historiográfica, no son toda la historia en sí.

• El reciente número de **Comentario** —marcado con el 59— sigue la habitual línea de esta publicación. ¿Qué voy a decir acerca de una revista tantas veces mencionada en nuestras páginas, una de las mejores que tenemos en el país, y en la que yo mismo colaboro? No queda bien. En cambio, voy a dar una noticia importante para los argentinos. Su director, el poeta José Isaacson, participa en estos momentos del XVII Congreso Nacional de Sociología, organizado por la Sociedad Mexicana de Sociología, con el patrocinio de la Unesco. Su ponencia versa acerca del poeta en la sociedad de masas. Isaacson resume su tesis en la indagación problemática de la personalidad humana —arista sociológica— que puede conformar el aporte del poeta, como agente educativo de su tiempo.

ANTOLOGIA DE TEXTOS ACTUALES

La poesía religiosa argentina

"La poesía es de suyo un modo de revelación. El poeta comunica su conocimiento de la realidad. No crea realidades, como algunos dicen: su acto creador se concreta a las figuras y efectos sonoros con que interpreta y trasmite su visión de la realidad, que es más universal que la del vulgo, y por eso puede dar razón de ella. En este sentido, tiene el poeta una función social. Muestra nítidamente lo que los demás entrevén de manera borrosa.

Estas someras precisiones sobre poética (...) bastan para encuadrar la definición de la poesía religiosa como aquella que revela una realidad que se conoce por revelación superior. O dicho de atrás para adelante: las realidades inaccesibles a las potencias del alma humana (...) constituyen la materia de la poesía religiosa.

Cita: "**En esta vida emprestada/**

el buen vivir es la clave: /aquél que se salva, sabe /y el que no, no sabe nada".

Y así, Dios mediante, se irá repoblando con imágenes de la patria de allende esta noble tierra arrasada".

de ROQUE RAÚL ARAGÓN, en el libro del mismo título, editado por las Ediciones Culturales Argentinas.